

CAPÍTULO XX.

CAPÍTULO XX.

Hacem creía á su esclavo nubio desempeñando con toda fidelidad el encargo que con respecto á Isabel de Solís habíale confiado con toda solicitud. Ya lo hemos dicho; de haberse propuesto el Sultán granadino un goce pasajero á sus exaltados sentidos, lanzárase desde la tribuna, donde había estado contemplando á la hermosa como el gavián sobre la paloma; que nada tan fácil como arrancar á las mismas uñas de Aixá la criada del servicio y la cautiva del serrallo. Pero Hacem tenía propósitos encaminados á fines más duraderos y sólidos que las fugaces embriagueces del sentido: buscaba un corazón que latiera junto á su corazón; una inteligencia que brillase al par de su inteligencia; una fantasía que desplegase las dos alas en sociedad estrecha con su propia fantasía, como esas aves que van emparejadas y cantando por los espacios cerúleos; una belleza que tiñese de melancólicos

reflejos, como la luna en la noche, sus melancolías y sus dolores; un alma confundida é identificada con su alma; requería el monarca del corazón de Isabel, no una de las fugaces pasiones, que nacen y mueren como el relámpago; requería luz que durase como duran las ideas fundamentales en el alma y las almas en el otro mundo. De consiguiente, intentaba desorientar á toda su familia y á todos sus amigos, recogiendo á Isabel de modo que se perdiera su rastro y su pista, cosa fácil en los misterios reinantes sobre los palacios orientales en todo aquello que á sus mujeres concierne, como recluidas, á manera de aves enjauladas en los retiros del serrallo. Así, diputó á su esclavo nubio para que se procurase del médico un narcótico y se lo propinara seguidamente á Isabel, á fin de que, una vez á los ojos de todos robada como los cadáveres, amaneciese de nuevo en su presencia y resucitara para él solo en una vida encantada continuamente por el amor y los placeres.

Pero el bueno del esclavo nubio tenía, si bien siervo, ideas propias y se curaba de la suerte apercebida por el destino á la religión de su alma; porque también era creyente, y mucho, en Alah, en Mahoma, en el Koran. Apenábale aquella horrible situación de Granada, en bandos diversos dividida, por toda suerte de dolores y penas desgarrada, rota en Alhama, próxima inevitablemente á suprema catástrofe; y deseaba sostener aquel postrimer asilo de la fe suya y de la fe oriental en las tierras

occidentales de la Europa cristiana, tanto más, cuanto que las ventajas del mahometismo en Atenas y en Constantinopla infundían á las últimas muchedumbres sociales del Islamismo fortificantes y consoladoras esperanzas. Así es que, lejos de cumplir las órdenes dictadas por el Sultán, trató á toda costa de burlarlas, y sin dirigirse á las estancias donde residía el médico de cámara, como Hacem le había mandado, torció el camino, y se fué á dar con Sidi, ó sea el mago, cuyos horóscopos acreditaba el supersticioso Hacem con su real confianza. Entró, pues, en el químico laboratorio y dirigióse al astrólogo en estas palabras:

—Tú, solo tú, Sidi, puedes redimir á Granada.

—¿Yo?

—Tú, ciertamente.

—¿Estás por ventura loco?

—No, sino muy cuerdo.

—Expílicate, porque aquí no ganamos para sustos.

—Tú, sabedor de por qué la luna es llena y el limonar agrio; por qué tienen los piojos muchos piés y los caballos cuatro; por qué no se halla sangre en las ostras del mar ni en las hormigas del campo; por qué Alah hizo las piedras preciosas de colores diversos; por qué cierra el cuervo la boca cuando está cansado y ábrela si descansa; por qué la cierva no tiene cuernos ni la leona guejetas, y la cordera pare un cordero, miéntras la loba pare muchos lobos; tú, que sabes todas estas cosas y

otras guardadas en los grandes libros del Oriente, dime algo para salvar el Imperio de los musulimes en esta tierra y la persona de Hacem, que há menester de pronta y enérgica defensa contra sí mismo, inclinado por indestructible propensión á toda suerte de locuras y desórdenes.

—Infeliz, no hables así, pues pudiera costarte caro.

—No me importa la vida, cuando nos cercan por todas partes los turbios oleajes de la muerte.

—¿Qué puedo yo hacer?

—¿Tú? Salvar á Granada, granjeándote al mismo tiempo el cariño de Hacem, pues nada el enfermo agradece tanto ni aprecia tanto, después de su cura, como la medicina y el médico.

—Sí; á veces la medicina le repugna ó, por lo menos, le incomoda, y va tras el médico persiguiéndole y acosándole.

—Algo se ha de arriesgar por Granada.

—Explicate dé una vez, hombre, porque hablas como si yo estuviera dentro de tu propio pensamiento y anegado en las más íntimas honduras de tu alma.

—Pues direte.

Y el esclavo nubio empezó nuevamente á respirar con zozobra é inquietud, como si acabase de dar una larga y prolongada carrera.

—Habla, pues, habla, después de haber un poco reposado tu cuerpo y tranquilizado tu ánimo.

—Pues te diré. Ha debido un genio malo coger á

nuestro señor Hacem, y precisa devolverle aquella salud más difícil de cobrar, la precaria salud interior de su alma.

—¿Y para eso me buscas á mí?

—¿Pues á quién mejor que á ti? A ti, á ti, poseedor á un tiempo mismo de la santidad y de la ciencia.

—Acuérdate que fui á leerle su horóscopo, bien adverso, en verdad, para Granada, y se lo comuniqué, temblando y con mucho recelo, pues nadie como yo sabe cuán terribles suelen ser los caprichos del déspota y los horrores del despotismo.

—Pues hay que sacrificarse.

—Inútil sacrificio.

—La verdad es que Hacem quiere convertir en única esposa suya, nada menos que á una cristiana, conocida ya hoy en el haren granadino con el nombre de Zoraya, y ayer en la tierra cristiana con el nombre de Isabel.

—Cosa frecuentísima esa entre los árabes y los cristianos. Muza casó con Egilona, la viuda de Rodrigo; y Munuza casó con la hija de Eudes, aquel duque de Aquitania por sus esfuerzos vencido. El mismo rey Alfonso VI de Castilla, después de habernos tomado á la sin par Toledo, casóse con una princesa hija de los Abdibitas sevillanos; y si el infante Sancho no hubiera muerto joven, los reyes de Castilla, que ahora llaman á nuestras puertas, llevarían en el brazo con que mantienen el signo de su religión, la sangre más pura de los

árabes andaluces próximos hoy á inevitable ruina.

—Pues, señor, prefiero no saber historia ni muchas de las otras cosas que tú sabes.

—¿Por qué?

—Muy sencillo; porque habiendo en tal curso de los tiempos acontecido tantas y tan diversas cosas, tenéis con los ejemplos varios que aducís, disculpas varias también para todos los errores y para todos los vicios.

—Duramente nos tratas.

—¿Pues no he de tratarte así, cuando ignoras que Aixá, ya ofendida con su marido, se ofenderá mucho más, y al impulso de tales ofensas producirá una tempestad, cosa fácil en el tormentoso cielo granadino, y al empuje de tamaña tempestad podrá su trono y sus Aljamas venirse á tierra con daño y con vergüenza de todos?

—Ya lo veo.

—Pues, entonces, tu deber consiste, no lo dudes, tu deber primario, el que debía sugerirte con su clara voz la conciencia é imponerte con su imperio la voluntad, en ir hasta los oídos y el espíritu de Hacem para notificarle cómo va despeñado al abismo, pues los celos de la Sultana echarán plomo ardiendo en las venas de nuestra ciudad y harán que broten y estallen con estruendo, en los espacios, alteraciones formidables y bastantes á dar al traste con todo este reino, á tanta costa, y por tan maravillosa manera, conservado.

—Pues, mira; yo no me atrevo á decir todo cuan-

to deseas tú que diga; no me atrevo en modo alguno.

—¿De veras? ¿Y dejas perecer á Granada por no arriesgar un pelo de tu cabeza?

—¿Cómo un pelo? Mejor dijeras la cabeza toda.

—¿Tal crees?

—Tal creo.

—Pues mayor motivo para tentar tu heroísmo.

—Mal me conoces. Yo no he nacido para héroe.

—Pues, entonces, que me claven tu santidad en la frente.

—No comprendes los misterios de la vida. Puso naturaleza en todos nosotros, en todos cuantos ejercemos altas profesiones y somos por ende necesarios á nuestros semejantes, la cantidad de natural egoísmo indispensable á nuestra conservación, la cual tanto importa en este mundo al desarrollo del arte y del saber.

—Váyanse todas las artes y todos los saberes del mundo al infierno, si han de dar por único resultado el horror al sacrificio por la propia religión, por la tribu, por la patria, por la honra, por el nombre de los que fueron ayer y por la suerte de los que mañana serán.

—Creo, además, inútil todo esfuerzo cuando se trata de una pasión amorosa tan fuerte como suelen ser todas las pasiones de Hacem.

—He ahí por qué las castas perecen. Sus individuos más privilegiados no saben ofrecerse á tiempo en holocausto por todos los suyos. He ahí por qué

los sabios no guardan para la ciencia todo el necesario prestigio, ni los imanes, ni los marabuts, ni los sacerdotes generalmente para la religión, todo el indispensable poder. Los cleros fenecen porque los ministros de los dioses no saben morir á tiempo cuando el hombre necesita de redentores, la existencia nuestra de continua redención, y Dios y el cielo de altares y aras donde corra eternamente y chorree sangre de víctimas aceptas á nuestro Alah. Ahora verán cómo muere un esclavo; ahora mismo vas á verlo con tus propios ojos. Quizá porque somos gusanos de la tierra tenemos en menos la vida que vosotros, las águilas del aire; pero por mucho tiempo que me reste ya de vivir, poco restará, en suma, siquier sea joven. Y sacrifico gustoso los años restantes y últimos á esta Granada, que no es mi patria, pero á cuyo seno vine de niño y en cuyo seno moriré contento devolviéndole con creces los días de felicidad procurados por su belleza incomparable á mi durísima servidumbre.

— Ya te digo que tu sacrificio es inútil y que no contarás el curso desasosegado y terrible de los sucesos nefastos ahogándote con esa irreflexión dañósima en sus ondas turbulentas.

— Alah te guarde. Mientras tú diviertes los ocios que te procuran tus burdas magias y tus embusteras hechicerías, disertando en frases más ó menos elocuentes acerca de todo aquello que te piden tus gustos y por que te da vena, yo voy corriendo á morir para gritar á mi dueño y señor dónde se ha-

llan los escollos contra los cuales pueden hoy estrellarse las granadinas gentes, amenazadas por doquier de tan terribles tempestades.

Y en efecto, el esclavo nubio dejó al egoísta en su egoísmo, y se fué derecho á la estancia del Sultán. Hallábase devorado este por una grande impaciencia en el anhelo de poseer á la beldad idolatrada que había incendiado su sangre y difundido por su alma como una especie de nuevo y vivificador espíritu. El acento de las canciones entonadas por la cautiva le halagaba el oído con seductor halago, y el recuerdo de su hermoso cuerpo que había visto desnudo le llenaba los ojos con figuras que, difundidas por sus venas, llamaban al corazón y al sentimiento con repetidos golpes de voluptuosas tentaciones. Sediento de grandes emociones aquel hombre ardoroso en su continua y grande actividad, cuando se le cerraban los horizontes de las soñadas victorias y le vacilaba en las sienes aquella diadema que había querido levantar su orgullo á las alturas, para los primeros nombres musulimes reservadas, explayábase, y sin poderlo remediar se iba por los cauces floridos, aunque ponzoñosos, del amor sensual y del placer intenso. Entrado ya en esas vías por los impulsos incontrastables de la naturaleza, el destino le procuraba joven de bien extraordinaria hermosura, destinada indudablemente por el cielo á su recreo y á su gozo. En su natural impetuósimo, en su ardor febril, en la costumbre adquirida por su profesión propia y por

la cultura que lleva esa profesión excepcional ó singular consigo, no hay para qué decir cómo aquel rey, acostumbrado al cumplimiento de todos sus deseos así que le despuntaban por los espacios del alma, se vería de contrariado por la tardanza, que su propia prudencia le imponía, en la inmediata satisfacción de un amor tan exaltado y tan ardiente. Cuando más entregados se hallaban sus nervios á los estremecimientos producidos por la impaciencia febril de suyo, apareció ante sus ojos la figura del nubio, que mostraba en su andar vacilante, bien contradictorio con su aire cuasi atrevido, á fuerza de resuelto, una manifiesta incertidumbre. Pero Hacem, entregado de lleno á sus pensamientos y á sus ensueños, no debió ver la embarazosa postura del siervo, cuando le dijo en tono risueño y agrí-dulce:

—Ven aquí, buena pieza; ven, que has tardado un siglo en dar ligerísimo paseo. Te merecías fuertes tirones de orejas ó algún que otro puntapié; mas yo te perdono de grado, no por la facilidad y presteza, por la felicidad y acierto con que cumples todos mis encargos. Estoy seguro de que tienes ya concluído el que has comenzado con tanta madurez, y me traes noticias, no sólo del narcótico por zumos varios compuesto, sino de todos los preparativos arreglados ya para que produzca una muerte aparente en Zoraya, y con la muerte aparente un comienzo para mí de verdadera vida. Vamos, despacha, bribón, y dime todo cuanto debas decirme,

para mostrarme que has cumplido mis mandatos como cumplen todas las criaturas los mandatos del cielo. Desata esa lengua tan fluyente siempre que parece gárrula, y ahora tan callada.

El nubio, á pesar de las palabras del monarca, perseveraba en su profundísimo silencio, y parecía, según lo rígido y silencioso, una verdadera estatua de negro y bruñido mármol. Hacem, hecho de antiguo á ver en él un cumplidor mecánico de todas sus órdenes, apenas alcanzaba en aquel instante á comprender la inercia del esclavo. Aguardó algunos segundos más, y al advertir que no se movía, montó en cólera, y levantándose lo sacudió para que soltase las deseadas palabras, como sacuden los labradores al árbol para que suelte sobre la tierra sus frutos.

—¡Piedad!—gritó el nubio, cayendo de rodillas delante del Sultán.

—¿Qué ha pasado?—preguntó este, dándole un empellón tan fuerte que lo derribó y tendió por tierra.

—Si acabas conmigo, Hacem, no sabrás lo que deseas saber.

—Observación de bueno y claro sentido—añadió el Sultán,—que de haberla hecho á tu entrada, eximírate de toda mi furia. No te mando que hables á gusto y á deseo mío, como era natural, sino que hables, y te has callado como un muerto, que Alah confunda.

—Si no sé por dónde comenzar.

—Pues principia por algún lado tu plática, si no quieres ver para siempre concluida tu existencia.

—Ya me había tragado por anticipación verdadera y con exacto presentimiento, allá para mis adentros, toda tu cólera.

—Te desconozco; pues no debías hacer otra cosa sino aquello que yo he dispuesto y que imperiosamente yo he mandado.

—Lo sé; pero desde la toma de Alhama, todo aquí va manga por hombro en esta desordenadísima Granada; y cuando los reyes se truecan de súbito en siervos, no es mucho que los siervos pierdan el seso y quieran á su vez trocarse los cuitados en reyes.

—Mira, estás probando mi paciencia, que no es mucha. Invocas nombres como el nombre de Alhama, que me trae la hiel hasta los labios. Vejas mi reino y te burlas de mi reinado. No me conozco á mí mismo, pues cierto de que me has desobedecido, todavía vives.

—Me mandaste á que compusiera un brebaje, y yo creí que habías olvidado, para componerlo, consultar como sueles el horóscopo.

—Pero dime: ¿quién te mete adonde no te llaman? ¿De cuándo acá el vil gusano puede preguntar al sol por qué sale y por qué se pone, cómo resplandece con vívidos fulgores ó se apaga en frías tinieblas? Y tú eres para mí todavía menos, mucho menos que los gusanos para el sol.

—Pues bien; como tú consultas á Sidi, como lees

los horóscopos de Sidi á la continua, yo he querido consultarlo también.

—Pareciéndote así al mono, que imita sin conciencia ni deliberación al hombre, convirtiendo sus gestos en ridículas muecas.

—Vamos, ¿quieres oirme?

—Lo que quiero es matarte.

—Bien; pero escúchame antes.

—De suerte que no has preparado el brebaje, y estoy ardiendo en mí, dentro de mí, sin que tú me hayas traído, tú, mi siervo, la gota de agua indispensable para extinguir esta sed abrasadora. Ahora mismo voy á llamar á mis guardias y voy á decirles que te arrojen vivo á mis fieras.

—Pero no lo hagas, no, sin oirme.

—¿Qué más he de saber, cuando ya sé, traidor, cómo has desobedecido á quien tanto te ha elevado hasta convertirte, sin méritos y sin títulos de ningún género, en confidente de sus secretos y cumplidor de sus mandatos?

—Pues mira, Sidi ha encendido siniestra mixtura, y al resplandor de sus llamas, entre amarillas y verdes, ha visto que por una mujer, por la Cava de Rodrigo, se perdió la España católica y visigoda; mientras hoy, por otra mujer, por esa Isabel de Solís, va indudablemente á perderse para siempre la España musulímica y árabe. Él no ha tenido valor para decírtelo, y yo te lo comunico, invocando, en justificación de mi audacia, el santo nombre de Alah y de su bendito profeta.

—¡Te burlas de mí! No lo harás dos veces. Cuando yo mismo acabo de mandarte á que procures aquellos bebedizos indispensables á mi felicidad, tomas otros caminos, te vas donde te da la gana y me traes protestas, observaciones sacadas indudablemente de tu caprichoso cacumen, y para mi persona, para mi nombre, para mi reino, vejatorias é injuriosas. No volverás, no, á ver nuevo día en tu vida; no volverás, no, á burlar mis órdenes y á reírte de mi persona. Pronto, muy pronto recibirás el castigo que mereces; pronto, muy pronto rechinarán tus huesos entre los dientes de las fieras. ¡Oh, me hallo circuido de traidores! Donde quiera que pongo mi planta surge á morderme y envenenarme una víbora. ¡Oh! Yo quemaré por todos los cuatro costados, como se queman las selvas, la habitación de los brutos para perseguirlos y extirparlos.

—Señor, ten piedad de tu siervo, que ha procedido así por puro amor á tu reino y á tu reinado.

—Calla; no me conocería, no, á mí propio, si dejara impune tu criminal petulancia. El día que volví de Zahara y de Martos, un santón se atrevió á lo que tú has hecho, á criticarme, á maldecirme, aunque no á desobedecerme. Y por haberle perdonado vino sobre mí tanto desacato y sobre Granada tanta perturbación. Tengo jurado al profeta Mahoma y al omnisciente Alah el exterminio de todos cuantos desconozcan mi autoridad ó la denuستن. Apercíbete, pues, á morir, porque no puedes exentarte de mi cólera.

—¡Piedad, señor, no de mí; piedad, señor, de ti!

—¿Eso más? ¡Ah de mis guardias!

Los guardias aparecieron y el Sultán les dijo:

—Coged ese hombre y arrojadlo á la jaula de mis tigres, para que hoy se alimenten bien mis fieras preferidas.

Los guardias del rey cogieron al nubio como si cogieran un saco, y llevándosele en hombros se lo arrojaron á los tigres como hubieran podido arrojarles cualquier otro pedazo de carne.

Hacem llamó entonces al renegado cristiano Venegas, y el renegado cristiano se encargó de lo que no había querido encargarse el esclavo nubio.